

AMOR PROPIO: JOAQUIM XIRAU*

SELF-LOVE: JOAQUIM XIRAU

Alberto Oya

*Instituto de Filosofia da Nova (Universidade Nova de Lisboa) &
ArgLab – Lisbon Mind and Reasoning Research Group*

Resumen: *El objetivo de esta nota es señalar una de las ideas centrales de la concepción de Joaquim Xirau de la experiencia amorosa, que es la de que el amor propio, el concebirse a uno mismo como persona es decir, como un fin en sí mismo y con su propia dignidad y autonomía, es condición necesaria para la entrega amorosa para con el prójimo.*

Palabras clave: *amor, amor propio, Joaquim Xirau.*

Abstract: *The aim of this note is to point out one of the central ideas of Joaquim Xirau's conception of the experience of love, which is that self-love, to conceive oneself as a person –i.e., as an end in himself or herself and with his or her own dignity and autonomy–, is a necessary condition for a loving giving to the others.*

Keywords: *love, self-love, Joaquim Xirau.*

Joaquim Xirau (1895, Figueras-1946, Ciudad de México), filósofo español nacido en Figueras, capital de la comarca del Alto Ampurdán perteneciente a la provincia catalana de Gerona, publicó en 1940, durante su exilio en Ciudad de México tras los sucesos de la Guerra Civil, la que es considerada a día

* Esta investigación ha contado con el soporte de la Fundação para a Ciência e a Tecnologia (proyecto: 2020.01635.CEECIND).

de hoy su mayor obra filosófica, *Amor y mundo*¹. Allí Xirau ofrece un análisis filosófico de la experiencia amorosa –entendiéndola no sólo en el sentido de amor erótico o marital, sino en el sentido mucho más amplio, y de inspiración claramente cristiana, de amor como *agape* o *charitas*². El análisis de Xirau parte, cómo él mismo señala, desde una aproximación fenomenológica, sin discutir, pues, los factores fisiológicos que puedan ser concomitantes al estado de conciencia propio de la experiencia amorosa. El objetivo de esta nota es señalar una de las ideas centrales de la concepción de Joaquim Xirau, que es la de que el amor propio, el concebirse a uno mismo como persona –es decir: como un fin en sí mismo y con su propia dignidad y autonomía–, es condición necesaria para la entrega amorosa para con el prójimo.

De acuerdo con Xirau, la experiencia amorosa es, primariamente, un acto en el cual el amante adopta el punto de vista del amado. Y es mediante este ponerse en el lugar del amado que el amante ve acrecentada su propia singularidad: ya no es solamente con su sola mirada que observa al mundo, sino que, gracias al amor, su mundo incluye también la del amado. Para el amante, su mundo “no es ya un mundo. Son dos mundos en uno. El mundo entero se enriquece y adquiere una dimensión de profundidad. Dos mundos se hacen uno e iluminan por su acción recíproca los recintos recónditos de su intimidad personal”³. El amante, pues, adopta el punto de vista del amado, haciéndolo suyo.

El amor no es, sin embargo, “fusión, confusión, ni supresión de límites”⁴, sino una comunión entre amante y amado, que son dos personas distintas. La entrega amorosa, dice Xirau, no altera aquello que el amante es ni tampoco aquello que es el amado. Es precisamente esta la razón por la cual el amante ve incrementada su propia singularidad: su mundo se agranda, incluyendo ahora también el mundo del amado, sin dejar de ser por ello él mismo, sin abandonar aquello que lo hace el individuo que es y no otro, y sin reducir al amado a una mera extensión de sí mismo.

Esta inclusión del punto de vista del amado en sí mismo, la entrega amorosa, sólo es posible, dice Xirau, si el amante concibe al amado como una persona en el sentido pleno de la palabra, es decir, como un fin en sí mismo, con su propia dignidad y autonomía, y no como un simple medio para satisfacer los deseos y anhelos del amante. La comunión sólo es posible entre personas,

¹ J. XIRAU, *Amor y mundo*, en *Joaquín Xirau: obras completas (vol. I: Escritos fundamentales)*, ed. Ramón Xirau, Barcelona, Fundación Caja Madrid y Anthropos Editorial, 1998, p. 133-262. Vale la pena mencionar que muchas de las ideas defendidas aquí por Xirau fueron expuestas con anterioridad, en el año 1936, en su ensayo, escrito en lengua catalana, *L'amor i la percepció dels valors* [J. XIRAU, *L'amor i la percepció dels valors*, en *Joaquín Xirau: obras completas (vol. I: Escritos fundamentales)*, p. 77-132].

² Para una exposición detallada de la propuesta filosófica de Xirau, véase: Alberto OYA, “Joaquim Xirau: amor, persona y mundo”, en *Bulletin of Hispanic Studies* 99, 9 (2022) 835-843.

³ J. XIRAU, *Amor y mundo*, p. 212.

⁴ *Ibid.*, p. 211.

y estas deben ser distintas entre sí. Si el amante no concibiera al amado como una persona, con su propia autonomía y de igual dignidad a la suya, sino simplemente como un medio para egoístamente satisfacerse a sí mismo, entonces el amado se descubriría como un mero *objeto* del cual sacar algún provecho, cuyo único valor residiría, por tanto, en su *ser para el amante* y no en su *ser en sí*. Es decir, el amado sería, solamente, una extensión del propio amante. No habría, por tanto, comunión, y la entrega amorosa para con el prójimo no traería consigo para el amante ningún incremento en su singularidad, pues el amante no descubriría ningún punto de vista nuevo que incorporar al suyo propio. Así, dice Xirau:

Esencial al amor es considerar al ser amado como distinto de mí, peculiar, original y personal. En el caso contrario la perfección del amor no sería sino una forma refinada de egoísmo y conduciría tan sólo a la propia satisfacción⁵.

Por el mismo motivo, no puede haber una entrega amorosa genuina, una comunión entre personas distintas, si el amante carece de amor propio, es decir, si no se concibe a sí mismo como un ser pleno y autónomo, cuyo valor reside en su *ser en sí* y no en su *ser fuera de sí*. Como bien señala Xirau, el amor me requiere, no como mandato moral, sino como condición previa necesaria, ser fiel a mí mismo, respetar mi propia singularidad, aquello que me hace el individuo que soy y no otro. Si carezco de amor propio, si no soy capaz de concebirme como una persona en el sentido pleno de la palabra, no puedo entregarme amorosamente a nadie, pues mi supuesta entrega no constituiría una comunión genuina con otra persona distinta a mí, sino, simplemente, una disolución de mí mismo en el otro. En palabras de Xirau:

[...] sólo es posible que intente estar yo en otro y una mi centro espiritual al suyo propio si me distingo claramente de él. En el caso contrario no sería posible que me uniera a él, puesto que *sería* él. No seríamos dos en uno, sino uno solo. Desaparecida la personalidad de uno y otro no sería ya posible que estuvieran juntas. La perfecta unión sería en este caso la perfecta disolución. [...] Solo es capaz de vivir en otro quien es capaz de vivir en sí mismo, de estructurar la propia personalidad y respetarse y estimarse como persona. Para poder estar realmente 'fuera de sí' es preciso previamente 'estar en sí'. El acto de fusión presupone la plenitud y la riqueza de la propia vida. Solo es posible decir, con plenitud de sentido, 'vivo sin vivir en mí' si he sido previamente capaz de afirmar con verdad: 'vivir quiero conmigo'. Solo si tengo en mí algo que me permita vivir en mí mismo, en mi radical soledad, 'gozando del bien que debo al cielo, a solas sin testigo', es posible

⁵ *Id.*, p. 211.

que me proyecte en otro y vea en él una persona espiritual. Vivir en otro supone la posesión y la plenitud de la propia vida⁶.

No puede, pues, haber una experiencia amorosa genuina si el amante carece de amor propio, si es incapaz de concebirse a sí mismo como una persona cuyo valor reside en su *ser en sí* y no en su *ser fuera de sí*, ni tampoco puede haberla si el amante es incapaz de concebir al amado como una persona, con su propia autonomía y dignidad y distinto de él, sino solo como un mero objeto cuyo único valor reside en su capacidad para satisfacer los deseos y anhelos del amante. Condición necesaria para amar es, pues, amarse. La entrega amorosa no es rendición ante el amado ni tampoco un triunfo del amante sobre el amado. Al contrario, el amor es “un imperativo de la propia vitalidad”⁷. Solo un espíritu pletórico, rebosante de vitalidad, puede respetar al amado al tiempo que se respeta a sí mismo, y por ello está dispuesto a entregarse amorosamente. De ahí los comentarios de Xirau sobre Nietzsche: el amor no es compasión ni piedad, sino un acto de afirmación personal⁸. Solo un espíritu fuerte y jovial es capaz de, con independencia de cómo sea el mundo que se encuentra ante sí, construir su propia y exclusiva singularidad, aquello que lo distingue y lo hace único frente a cualquier otro individuo, y a su vez de percibir en el prójimo aquello que lo distingue de sí. Es así como el amante percibe el valor del amado y adopta por ello el punto de vista del amante como parte de sí mismo sin por ello renunciar a lo que él es ni reducir al amado a un simple medio para su goce personal. Es más, reconocer el valor del prójimo, algo que solamente es posible para un espíritu jovial capaz de reconocer su propia singularidad, no solo permite, sino que conduce inevitablemente a la entrega amorosa: al percibir la peculiaridad y, por tanto, el valor *en sí* del prójimo y su mundo interior, el espíritu jovial no puede sino darse amorosamente a él, hacerlo suyo. De ahí que, como señalé anteriormente, para Xirau el amor sea “un imperativo de la propia vitalidad”⁹. En definitiva, sólo un espíritu *sano*

⁶ *Ibid.*, p. 211-213.

⁷ *Ibid.*, p. 202.

⁸ Véase *ibid.*..., pp. 199-200.

⁹ “El amor no es pasión, sino acción. No depende inicialmente de las circunstancias ni de las inclinaciones de los demás. Es iniciativa y espontaneidad, entrega gratuita y sin intención ni esperanza de recompensa ni aun de correspondencia. Descansa en una íntima necesidad del espíritu que se expande y halla en la expansión su goce supremo. De ahí que el amor requiera vigor, fuerza, salud, abundancia... Sobre la vitalidad básica y arraigada en ella, brota la fuerza espiritual. [...] No es el amor imperativo o deber, sino exigencia íntima y necesidad del propio exceso. No supone sacrificio ni esfuerzo alguno, puesto que responde al ejercicio de una función normal. El espíritu da de su propia substancia, porque las fuentes de la vida brotan abundantes y sobrepasan el volumen del recinto individual. De ahí que el amor no sea nunca para el verdadero amante ni virtud ni mérito. De ahí la alegría radiante del amor. Su generosidad es espontaneidad. Entregarse es para quien le sobra una necesidad de su propia saturación y, por lo tanto, fuente inextinguible de gozo y liberación. El amor se convierte, por el espíritu pletórico, en un imperativo de la propia vitalidad.”. *Ibid.*, pp. 200-202.

puede darse amorosamente para con el prójimo y, por extensión, para con el mundo entero.

Alberto Oya
Universidade Nova de Lisboa
Instituto de Filosofia da Nova
(Faculdade de Ciências Sociais e Humanas)
Campus de Campolide – Colégio Almada Negreiros
1099-032 Lisboa, Portugal
alberto.oya.marquez@gmail.com